

CIPRIANO CASTRO

El General Cipriano Castro, para comenzar, es el prócer mayor del Táchira. ¿Cómo así? Para comprenderlo de veras, no son necesarias más que unas ligeras, muy claras, irrefutables referencias. Nuestra provincia, si miramos el mapa venezolano, es una de las más distintas de la capital de la república. Corresponde al extremo occidental del país. Ahora bien. La distancia que queda aludida es geográfica. Y, claro está, es la menos significativa. La verdaderamente significativa es otra. El Táchira es la provincia, desde el punto de vista sentimental, más distante de Caracas. Tan distante, pero tan distante, que a muchas gentes se les hace muy poco venezolana. Así lo es hoy. Con buenas comunicaciones terrestres, acuáticas y aéreas. Pensemos, pues, cómo sería semejante distancia hace cien años. El Táchira de los años finiseculares, mucho más que provincia distante, era provincia ignorada: casi inexistente, para ser precisos.

Cipriano Castro es tachirenses cabal. Nació en Capacho en 1859. Como buen tachirenses, se formó en nuestra ciudad madre: Pamplona. Hombre inteligente, parece haber encarnado los postulados del filósofo respecto del hombre y su circunstancia. Castro se percató, a perfección, de la del Táchira. Y de la propiamente suya. Y actuó en consecuencia. Hombre de letras, puesto que las tuvo a su manera, y hombre de armas, puesto que las supo poner en acción a tiempo, Cipriano Castro no se anduvo con rodeos de ninguna clase. Se paseó por San Cristóbal, como quien no quiere la cosa; fue a Caracas a respirar los aires del poder; se asomó al Congreso Nacional; se entrevistó con unos y con otros. Aquellos y estos, a juzgar por los testimonios que quedaron, jamás habían visto un tipo más impresionante. Vestía de otro modo; hablaba de otro modo; actuaba de otro modo. Todos tuvieron la corazonada cabal entre ellos, el ilustre César Zumeta de que este hombre iba a darles, de pronto, la mayor sorpresa imaginable.

Cipriano Castro, después de semejantes vuelos de reconocimiento, como dicen los aviadores hoy, se regresó a nuestra tierra. Y, a la espera del momento preciso, se nos plantó en Cúcuta. Haciendo de su perspicacia un catalejos, observó, analizó, planeó, esperó. Mientras, se agotaba el siglo. Antes de que éste expirara, justamente el 99, les dio a sesenta camaradas, tal como Triana, el grito de tierra. El no debió gritar tierra, naturalmente. El debió gritar, a todo pulmón, una sola palabra salvadora: Táchira.

Y fue, pues, la Invasión de los Sesenta. O, como también se ha dicho: la Revolución Liberal Restauradora. En un santiamén, la mesnada castrista, con el caudillo a la cabeza, cruzó el río Táchira; subió a Capacho; fue engrosando sus filas; bajó a San Cristóbal; combatió en Las Pilas y en Tononó; y, de primer momento, nos dejó dos elementos fundamentales: una efemérides perfecta: el 23 de mayo de 1899; y como si esto fuera poco, la Segunda Campaña Admirable de la Historia Patria.

Esta Segunda Campaña Admirable, tan fulgurante como la primera ocurrida ochenta y pico de años antes, siguió el mismo derrotero. Este quedó constelado de victorias: Tovar, Mérida, Valera, Parapara, Barquisimeto, Nirgua, Carabobo, Tocuyito, Valencia y Caracas. Bastó Tocuyito para que el gobierno del General Ignacio Andrade tomara las de Villadiego. La Revolución Liberal

Restauradora encontró la capital de la república, más que rendida, desconcertada. Era la primera vez, en toda su historia, que se encontraba, de manos a boca, con el Táchira en pleno. La hazaña la acababa de realizar, a punta de denuedo, a punta de valor, a punta de audacia, a punta de inteligencia, a punta de patriotismo, y, sobre todo, a punta de ab-soluto y ejemplar tachirensismo, el General Cipriano Castro.

No podemos, ni debemos, faltarle a la verdad histórica. No. Nada de eso. Tampoco podemos, ni debemos, faltarle al respeto al General Cipriano Castro. Pero, después de la Segunda Campaña Admirable, podemos decir que, casi casi, le sobra lo demás. El indiscutible venezolanismo que lo distinguió siempre. El implacable antimperialismo que selló, para ejemplo de todos, su breve paso por el poder. El sufrimiento que le decretó, ya caído, el imperialismo y que lo condujo a la muerte en Puerto Rico en 1924.

Lo esencial de Cipriano Castro, como tanto lo hemos repetido, consistió en haber completado el mapa político de Venezuela. Mejor dicho: consistió en haber incorporado el Táchira, para siempre, a la vida nacional efectiva. Esta es la obra inmortalizadora del General Castro. Una obra que demuestra, a cual más apasionante, dos proeza especiales: el fervor por nuestra patria, que, con el Táchira, queda perfeccionada; y el fervor por el Táchira, que, con la Segunda Campaña Admirable, quedó definitivamente salvada para la venezolanidad. (Recordemos que el General Pedro Vallenilla, cuando vi pasar a Castro, dijo su mejor elogio: "Ahí va el Táchira").

El General Cipriano Castro para terminar, es el mayor prócer del Táchira.